Otra imagen del Fénix de México, sor Juana Inés de la Cruz
De la filosofía al amor

Rómulo Ramírez Daza y García

" ... porque Apolo se lo dictó a mi mollera"

- Sor Juana

I. Entre los más altos espíritus artísticos hallados ya entrada la segunda mitad del siglo XVII en tierras novohispanas, figura una peregrina y multifacética monja en el campo del conocimiento, que hace de su vida un esmero originario en el sentido de un despliegue filosófico propio, dentro de la multiplicidad de sus vastos modos de producción poética. Juana Inés de la Cruz constituye un espíritu esforzado al intentar arribar a los topes o linderos de los alcances epistemológicos del entendimiento humano, prefigurados dentro y desde la tradición del pensamiento occidental, dirigiéndose perfectivamente a la prefiguración de una inteligibilidad de índole universal o filosófica, según el marco histórico e ideológico que se desenvolvía por aquél entonces.

En la presente ponencia resaltaremos elementos filosóficos encontrados en algunos poemas, en particular en los convencionalmente llamados: *Romances Filosóficos*, con el fin de hacer ver, en un primer momento: las conexiones entre el desencanto por la imposibilidad de alcanzar la verdad, y su consiguiente escepticismo; así como en un segundo momento, la vindicación de una orientación amorosa, como respuesta prudente ante el giro sapiencial de una φρόνησις desengañada; o en otras palabras, el desapego del βίος Θεορετικός por el βίος Ερωτικός.

Dada la naturaleza de este texto no se pueden más que indicar estas tesis mediante el señalamiento de algunos pasajes de ciertos poemas que tratan de estos objetos. La mostración tiene pues un carácter parcial, pero sin embargo, fundado. Y es que en este lugar no podemos indicar de cada tesis sus conexiones y dependencias tanto conceptuales como vitales, pero sí resaltaremos los elementos filosóficos básicos de esta postura.

Este camino propio intelectual no se puede dar en abstracto, por lo que el giro sorjuanino implicaba histórica y accidentalmente un autodelinearse formativamente a través de las diversas esferas que componían el conocimiento de la época: desde la mitología y la literatura, ligada a autores clásicos griegos y latinos, y al movimiento barroco español de los siglos de oro; también cierta filosofía: principalmente en su veta aristotélico-tomista, con algunos otros elementos agustinianos; ciencia –en sentido antiguo-: principalmente Aristóteles, Kirchero en algunos aspectos, y Sigüenza y Góngora

por influencia personal; y teología –al menos en Cristología-: principalmente san Agustín, san Jerónimo y Sto. Tomás, entre otros pensadores, que reflejan no solo su influencia sino su misma producción; añadiendo a ello obviamente su propia impronta y algunos otros elementos heteróclitos que no se han determinado exactamente por el hecho de un ocultamiento intencional del empleo de ciertas fuentes, dados ciertos impedimentos epocales de su estado religioso.

El reconocimiento de Juana Inés no tiene aquí fines de exaltación o de grandeza hiperbólica, sino más bien de mostración justa y bastante aproximada a su profundo e íntimo pensamiento cabe su producción literaria -en gran medida de encargo si a lo cuantitativo se refiere-. Si bien esta ponencia enfoca parcialmente ciertos *romances*, funge como llamada *protréptica*, por cuanto que varios aspectos de una cosa -en este caso un cambio teorético de paradigma: el de Juana Inés y su proyecto intelectual modificado-, nos dan una visión más acabada de su pensamiento. Queremos que se asomen al trabajo que la monja hizo del elemento filosófico, en mención de algunos puntos en que Juana Inés trabajó a la luz del campo epistemológico, estético y moral, para que pueda apreciar su polifacético genio desde su perspectiva filosófica, a partir de la dimensión literario-conceptual, a saber: la de la imposibilidad del conocimiento, así como de lo infructuoso y paradójico que le resulta a la vida su crecimiento; y consiguientemente la exhortación que ella hace a la vida amorosa, tampoco exenta de dificultades y frustraciones, pero en valía de sus afecciones sentimentales y psicológicas.

Se analizaron para esta presentación los seis *romances filosófico-amorosos* en la numeración y clasificación de Alfonso Méndez Plancarte de las *Obras completas* (poemas 2 a 7), para ver cierta unidad de la concepción de lo que queremos decir. Asimismo se pudieron haber tomado en otra tónica los *Sonetos filosófico-morales*, para explicar la fugacidad del alma en conciencia del devenir en el ente y la moral que de ello desprende Juana Inés. Pero aquí nos ajustamos en las líneas que siguen, al análisis de dos *romances filosóficos* entre los seis estudiados que arriba mentamos: el número II compuesto de 144 versos, y el número XXXIX (en su parte final, compuesta por los últimos 19 versos); en el primer poema vemos una transparencia de escepticismo metódico o aplicado, no como base del pensar sino como resultado del filosofar metafísico especulativo, manifestado bajo un peculiar espíritu estético, plasmado bajo su privativo matiz intelectual; para entonces ya en el segundo momento, ver cómo en la lógica sorjuanina lo filosófico desemboca consecuentemente en lo amoroso.

Esta es sólo una muestra de lo que sor Juana continuamente hace a lo largo y ancho de su obra, salpicando por todos lados su consumado escepticismo y su desengañada invitación a la prudencia amorosa –por llamarle de algún modo-. Ella dice: *"Si es causa de amor productiva / de diversidad de afectos, / que, con producirlos todos, / se perfecciona a sí mesmo" (Romance III*, 1-4*).*

Dada aquí la imposibilidad de ver el monumental *Primero Sueño*: su obra cumbre, en la que muestra la imposibilidad del conocimiento. Es necesario aclarar que la poetisa tomó como ideal, en principio, el de la tradición filosófica en turno, en razón de la

posesión absoluta del conocimiento; empero, al caminar por sus veredas, llegó al desengaño a sazón de su imposibilidad del camino filosófico, para acabar afirmando su carácter parcial, tanto por su imperfecta explicación de la realidad como por su esterilidad con respecto de la vida humana; en otras palabras, advertir el malogro de la visión holística (traducida simbólicamente como el despertar de una querella: la del conocimiento, o como ella dice: la del *Primero Sueño*), de alcanzar la sabiduría con el entendimiento a partir de los primeros principios. En consecuencia, da un paso más, un paso estético y vivencial, que tiene que ver con el sentido de la vida humana, y de algún modo, con la máxima tradicional del sabio antiguo: saber vivir. Esta es básicamente la tesis que queremos defender, y que se aproxima al eje que vertebra su monumental *Primero Sueño* como un mero punto de partida para este giro vital, pues el entendimiento parece oponerse al amor, ella dice: *"cuando de amor prescindiste/ este inseparable afecto/-precisión que sólo pudo/ formarla tu entendimiento"* (*Romance* III, 257-260*)*.

II. Los *romances* señalados se componen de versos juiciosos, inquisidores y sugerentes para con los afectos íntimos y su tratamiento, lo que nos puede llevar por buen término en la vida, si lo que se busca es la vida sabia. El primer momento es funesto en su término por imposibilidad facultativa, pero positivamente sirve como preparación para el segundo, según lo que vemos en el espíritu de Juana Inés, o lo que venimos apuntando en una palabra: i.e. *de la filosofía al amor*. Los demás temas poco importan ya llegado este punto, pues: *"las demás demostraciones,/ por más que finas las vemos,/ pueden no mirar a amor/ sino a otros varios respectos/" (Romance* III, *89-92).*

Romance filosófico número II

<Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil aun para saber y nociva para vivir>

Así como Aristóteles ligaba la felicidad al conocimiento (incluso para Dios -juicio por analogía-), Juana Inés habla en tono de desengaño, que no de desesperanza para la vida respecto de su pretendida posesión *(1-4) "Finjamos que soy feliz,/ triste Pensamiento, un rato;/ quizá podréis persuadirme,/ aunque yo sé lo contrario:".* La fundamentación del conocimiento -en su posibilidad epistemológica- es expuesta sistemáticamente por el Angélico, aunque la tesis parte de Aristóteles en su *Analítica*, y a través de él a la tradición de la que bebe Juana Inés, por lo que pudo tomarla de cualquier autor comprendido en esa línea o quizás de todos, pero el hecho estriba en que la correspondencia es la relación que refiere la captación veritativa de lo real, en el pensamiento. Y esto expresa nuestra poetisa cuando dice: *"que pues sólo en la aprehensión/ dicen que estriban los daños,/ si os imagináis dichoso/ no seréis tan desdichado" (4-8).* Pero el hecho es que aún aplicando correctamente las reglas de la lógica en aras al conocimiento no resulta la verdad; empero, el mismo entendimiento sirve de solaz para su mismo trabajo que le impide primeramente el descanso, y así lo expresa

Juana Inés cuando dice: "*Sírvame el entendimiento/ alguna vez de descanso,/ y no siempre esté el ingenio/ con el provecho encontrado" (9-12).* La misma tradición confirma su desacuerdo en disparidades teoréticas, y ello lleva al desengaño de certezas apodícticas, más bien parece que regresamos al relativismo protagórico: "*Todo el mundo es opiniones/ de pareceres tan varios,/ que lo que el uno que es negro,/ el otro prueba que es blanco" (13-16)* - y por extensión, muestra matices y alegorías semejantes en los versos *(17-40)*, en que recorre oposiciones histórico-filosóficas del pensamiento, como lo son, la de Aristóteles con Platón, y quizás la de Heráclito con Parménides, concluyendo así en una imposibilidad de cohesión teórica, desde las fundamentaciones de cada filosofía dada, pues: *"Para todo se halla prueba/ y razón en que fundarlo;/ y no hay razón para nada,/ de haber razón para tanto./ Todos son iguales jueces;/ y siendo iguales y varios,/ no hay quien pueda decidir/ cuál es lo más acertado* (41-48). De esta manera, la dubitación metódica corre pareja no sólo para el pensamiento, cual producto del pensar, sino para el pensar mismo en su actuar deliberativo, *"Pues, si no hay quien lo sentencie,/ ¿por qué pensáis, vos, errado,/ que os cometió Dios a vos/ la decisión de los casos?" (49-52).* Aquí Juana Inés toma una determinación del acto de decisión, respecto del conocimiento y de la aprehensión parcial de sus objetos, cosa relacionada con la prudencia (φρόνησις), entendida como resultado del ideal frustrado de que venimos hablando; y como consecuencia, su inclinación hacia la vida de los afectos amorosos: *"¿O por qué, contra vos mismo,/ severamente inhumano,/ entre lo amargo y lo dulce,/ queréis elegir lo amargo?/ Si es mío mi entendimiento/ ¿por qué siempre he de encontrarlo/ tan torpe para el alivio,/ tan agudo para el daño?"* (53-60).

Hay pues un vuelco que va desde la atención hacia las cosas, hasta los límites de la naturaleza humana, centrando para ello el uso de las posibilidades epistemológicas, en la medida misma de sus fuerzas. El entendimiento es pues el carro de realización, pero su circunscripción se ciñe a sus alcances por necesidad. Empero, la plasmación del pensamiento representa serias dificultades, y su salvaguarda está precisamente en la acción moral y su consecuencia: *"El discurso es un acero/ que sirve por ambos cabos:/ de dar muerte, por la punta;/ por el pomo, de resguardo./ Si vos, sabiendo el peligro,/ queréis por la punta usarlo,/ ¿qué culpa tiene el acero / del mal uso de la mano?/ No es saber, saber hacer discursos sutiles, vanos;/ que el saber consiste sólo/ en elegir lo más sano." (61-72), y* en la misma tónica se escriben los versos siguientes, desde el 73 al 84. Después, se remarca la peligrosidad del uso del lenguaje en digresiones filosóficas, que buscan el reflejo de lo universal a trasluz de argumentaciones, que supuestamente avalan al entendimiento en su alcance del ente, en su pretensa posesión de las sustancias; de esta manera Juana Inés, con profundidad filosófica, expresa el siguiente juicio que refleja lo antes dicho: *"No siempre suben seguros/ vuelos del ingenio osados,/ que buscan trono en el fuego/ y hallan sepulcro en el llanto" (85-88)*; y en seguida, enuncia una serie de razones que dan cuenta de la limitación del entendimiento bajo aspectos que han sido tratados con profusión en la filosofía <contingencia y necesidad, sustancialidad y periferia, elocuencia y contenido, naturaleza del conocimiento y operatividad> (93-120).

Por eso mismo, calibra la importancia de la razón, respecto de los múltiples aspectos del ser del hombre como tal, obteniendo por resultado la redimensión de ese modo tan peculiar -que la tradición concebía no sólo como el principal sino como el determinante de todos los demás-, por eso Juana Inés concluye lo contrario; ella dice: *"También es vicio el saber:/ que si no se va atajando,/ cuando menos se conoce/ es más nocivo el estrago;"*, y el mismo entendimiento tiene que detenerse para no arribar a consecuencias funestas: *"y si el vuelo no le abaten,/ en sutilezas cebado,/ por cuidar de lo curioso/ olvida lo necesario"* (89-96), que no es otra cosa que la sabiduría o amor profesado en diversos momentos y situaciones de vida.

Y si en determinado momento un arma se vuelve contra quien la usa, ¿por qué no destruirla? Por razón de su potencia inmanente a pesar del peligro de su mal uso, pues al ser una cosa que viene por naturaleza en su disposición configurativa, lo lógico es saber usarla en favor de nuestra vida; encuéntrese ahí la sensatez moral, por lo que sólo mitigando sus consecuencias, podemos vadear nuestro propio aniquilamiento: *"Es de su propio Señor/ tan rebelado vasallo,/ que convierte en sus ofensas/ las armas de su resguardo./ Este pésimo ejercicio,/ este duro afán pesado,/ a los hijos de los hombres/ dió Dios para ejercitarlos"* (121-128). Finalmente, el *Romance* termina con la tesis contraria al ideal de la tradición: de la aplicación del tiempo de la vida a las verdades más altas en la vida contemplativa, consolidando un nuevo saber: el no saber, que deja vivir y que huye de los cilicios del discurso, que no hace sino mortificar la carne literalmente. *"¿Qué loca ambición nos lleva/ de nosotros olvidados?/ Si es para vivir tan poco,/ ¿de qué sirve saber tanto?/ ¡Oh, si como hay de saber,/ hubiera algún seminario/ o escuela donde a ignorar/ se enseñaran los trabajos!/ ¡Qué felizmente viviera/ el que, flojamente cauto,/ burlara las amenazas/ del influjo de los astros!/ Aprendamos a ignorar,/ Pensamiento, pues hallamos/ que cuanto añado al discurso,/ tanto le usurpo a los años"* (129-144).

He aquí, en un primer momento, el paso del escepticismo a la moral, como consecuencia lógica de los términos propuestos; esto además, no lleva a la negación de la razón misma, sino antes bien a su justa aplicación en favor de la existencia, cosa que liga más a Juana Inés a un moralista filosófico moderno, que a un escolástico decadente. Pensamiento que se justifica no desde la metafísica de Suárez (último gran escolástico), ni mucho menos desde la modernidad (muy ajena en sus fuentes al ambiente novohispano, aunque no al espíritu de Juana Inés, sino desde Juana Inés misma, pues su ambiente conventual era prácticamente estéril; pero lo original en ella consiste en asumir las consecuencias escépticas, y dirigirse a un desengaño gnoseológico, para desde ahí, en un segundo momento, dar libre determinación a lo amoroso, incluso a un *maximum* erótico en momentos álgidos de entrega sentimental: *"que con palabras no te persuadía/ que el corazón me vieses deseaba;/ el corazón desecho destilaba./ pues ya en líquido humor viste y tocaste/ mi corazón desecho entre tus manos."* (*Sonetos de Amor*, poema CLXIV). Veamos este segundo paso.

Romance Filosófico número XXXIX

Aún cuando supongamos que se afirma la primacía del intelecto por encima del afecto en primer término, lejos estamos en este estadio de comprender la tensión entre ambos términos, en el interior de Juana Inés. Pues si dividimos la fuerza de la existencia, en la supuesta división de alma y cuerpo, tendríamos presuntamente una equidad de balance, más aún, supuesto el entendimiento como lo más elevado en el conjunto de las partes, gana en peso al resto, y por consiguiente al mero cuerpo. Empero, viendo sus limitaciones en el camino del conocimiento, damos en dirimir, por sumatoria, la inclinación al afecto; por ello, aunque el método se configure desde esta filosofía tradicional, rompe su línea primera de pensamiento y se inmiscuye en los terrenos de la materia. La cosa es a fin de cuentas antiplatónica, pues su despliegue lo hace desde άγαπη hasta έρος, por razón de no poder alcanzar su objeto primario, y por quedarse con algo en cambio. Es por ello que la monja Juana Inés no puede ser santa, ella se autodescribe: *"(...) así yo, combatida/ de tan contrarios afectos"/* (41-42), aún cuando la querella universal haya impulsado su estado; siendo esto lo que expresa cuando dice: *"vamos a lo principal,/ aunque por difícil tengo/ apartarme de un cariño/ por acercarme a un respeto" (13-16)*, cae por fuerza ineludiblemente hasta el fondo de lo sentimental. Y aún queriendo con todo, corregir lo interpuesto, gana la guerra el amor, de ocupar el trono primero. Dejémosle a ella la palabra:

Primer momento: *"Y también sabéis, que como/ es mi amor de entendimiento,/ no ha menester de la vista/ materiales alimentos,/ pues radicado en el alma,/ independiente y exento,/ desprecia de los sentidos/ el inútil ministerio"* (93-100). Primera querella de impulso cognoscitivo.

Segundo momento: *"Mas no de esto infiráis que/ sin vos gustosa estar puedo:/ que una cosa es el amor/ y otra cosa es el contento./ Que bien veis que son dos causas/ muy distintas, y que a un tiempo/ el amor puede ir a más/ y el gusto puede ir a menos"* (121-128). Imposibilidad de la renuncia amorosa.

Tercer momento: *"¿Ni qué importa que, en un pecho/ donde la pasión reside,/ se resista la razón/ si la voluntad se rinde?/ Pensé desatar el lazo/ que mi libertad oprime,/ y fue apretar la lazada/ el intentar desasirme" (Romance* V, 29-32 / 41-44). Plena concientización de la profunda vivencia amorosa.

Con todo esto, y en referencia indirecta, hallamos el intento de Juana Inés y su camino, de una manera un tanto cifrada; i.e. ver el último giro que representa lo amoroso respecto de lo filosófico en su pensamiento. Ello coincide con el final del *Romance*, y con esto damos término a esta proterva presentación. Del primer momento, se abren en tensión los dos extremos, *"que de cuál vence, se están/ en utrum los argumentos." (183-184)*; luego ganada la batalla, o el segundo y el tercer momentos, estos respecto de aquél: *"Una gramática nueva/ es su hermosura y talento,/ donde el más se verifica/ sin que se suponga el menos." (185-188).* Así pues, se pasa al primer plano de inteligibilidad: el cariño y su tormento, vividos ambos en una nueva lucha: *"No hay Lógico que se atreva/ a definir cómo, siendo/ sólo un término, en él sólo/ se da relación y exceso./ Ni yo sé cómo os*

explique/ este enigma; sólo entiendo/ que aquello parece más,/ que se imagina primero./ Porque como a su beldad/ es corto el conocimiento,/ para comprehenderla toda/ va de concepto en concepto,/ y como no puede junta/ comprehenderla, sólo aquello/ que está entonces ponderando/ le parece más perfecto;/ pero en volviendo los ojos/ a mirar al otro extremo,/ vuelve a suspender el juicio,/ neutral, el entendimiento." (189-208). Y he aquí cómo el *"enigma"*, rompe la forma esperada de lo cognoscitivo para trascender hasta la belleza de su elemento último, y en dando por sentidos los afectos tan potentes, deja que el corazón campee enriqueciendo y sobrepujando al entendimiento. Pues aquí el criterio de certeza es otro que el del concepto, porque ante *"(...) su beldad/ es corto el conocimiento" (197-198).*

III. Finalmente, queda justificada la vida del hombre con tal camino; he ahí su sabiduría ulterior, y no menos tormentosa que la del sendero del conocimiento, pero más valedera, pues la primera por más que se esfuerce, aprehende muy poco - tal vez meras naderías - de la riqueza absoluta del ente; de la segunda en cambio, queda la trascendencia, pues: *"Y en fin, a pesar del tiempo,/ pase nuestro amor felice/ de las puertas de la Parca/ unidad indivisible,/ donde, siempre amantes formas,/ nuestro eterno amor envidien"* (*Romance* V, 73-78).

Además la ruptura parece inevitable, pues la razón siempre se opone a los extravíos del sentimiento. La autora dice: *"Su ser es inaccesible/ al discurso de los hombres,/ que aunque el efecto se sienta/ la esencia no se conoce"* (Romance IV, 145-148). Y es tal la oposición apuntada que fenoménicamente se advierte que el beneficio del uno es tormento del otro, pues la razón se impone y el corazón es forzado a tan abstracta guía, pero si el corazón con sus afectos invade el alma, la razón queda al acto un tanto defenestrada; ella dice: *"Mira la fiera borrasca/ que pasa en el mar del pecho,/ donde zozobran, turbadas, mis confusos pensamientos"* (*Romance* VI, 21-24).

La razón no encuentra su objeto, se ve impedida y entonces Juana Inés piensa en una vida ya experimentada, que parte de este no saber nada con certeza, para inundarse en los variopintos afectos humanos como una alternativa de envergadura para la salvedad del alma que no quiere caer en la infelicidad homicida. En ese sentido ella dice que su posesión es la trascendencia que urge al alma en el tiempo: *"Todo será dicha, todo/ felicidad y contento/ todo venturas; y en fin,/ pasará el mundo a ser Cielo"* (*Romance* III, 321-324).

El punto trágico está no en desafanarse sino en reorientar aquella sed insaciable del conocimiento que el ser humano experimenta, y que ya Aristóteles apuntaba insistentemente; por ello Juana Inés no se refiere a una vivencia desafanada de prudencia y previa a la reflexión, sino a una actitud originaria y orientada a lo estético vivencial. Y una postura anclada en la intelectualidad erudita no puede ver una intelectualidad llevada a la práctica de los afectos, sino una racionalización a ultranza que enceguece otras esferas: *"Que aquesto es razón me dicen/ los que la razón conocen;/ ¿pues cómo la razón puede/ forjarse de sinrazones?"* (*Romance* IV, 53-56). La propuesta sorjuanina estriba

como se echa de ver no en hacer del entendimiento un desbarajuste sino una facultad óptima, inmejorable para la vida humana siempre acorde con sus posibilidades.

Bibliografía

De la Cruz, Juana Inés, *Inundación Castálida*, Instituto Mexiquense de Cultura, México, 1995.

De la Cruz, Juana Inés, *Obras completas*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Gaos, José, *El sueño de un sueño.* UNAM, México, 1968.

García Álvarez, Jesús, *El pensamiento filosófico de sor Juana Inés de la Cruz*, Centro de Estudios Filosóficos: Tomás de Aquino, Guanajuato, 1997.

Ramírez Daza, Rómulo, *A propósito de sor Juana Inés de la Cruz*, Koinonía, Pue. México, 1998.

Zagal Arreguín, Héctor, *Aristóteles y aristotélicos*, Publicaciones Cruz, México 2002. *"La influencia de Aristóteles en el poema-filosófico Primero Sueño de sor Juana Inés de la Cruz"* por Virginia Aspe, pp. 27-40.